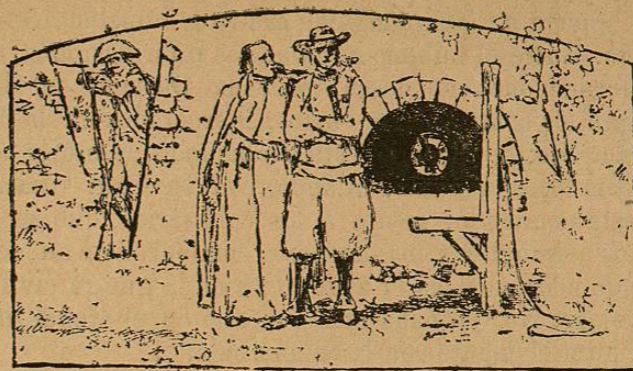


dado patriota, que teniendo ya como el vendeano, el hierro en el corazón dijo: «¡Plantadme aquí el árbol de la Libertad!»

El alcalde republicano de Rennes, Leperdit, un sastre, que libró la ciudad del Terror y de la Vendee, fué asaltado un día por un populacho furioso, que con el pretexto del hambre, quería apedrear á sus magistrados. Baja intrépidamente de la casa del pueblo, en medio de una lluvia de piedras; herido en la frente, se limpia la sangre sonriendo, y dice: «No puedo convertir las piedras en pan... Pero si mi sangre puede alimentaros, es vuestra hasta la última gota.» Y cayeron á sus pies... Veían en ello algo superior al evangelio.

Se ha reprochado á la Revolución el no ser cristiana, fué más. La frase de Leperdit la realizó. ¿De qué ha vivido el mundo más que de la sangre de la Francia? Si está macilenta y pálida, no os extrañéis. — ¿Quién puede dudar que también ha convertido las piedras en pan? El 89 se dijo: «No puedo alimentar á veinticuatro millones de hombres... Pues bien, alimentaré á treinta y cinco.» Y ha cumplido su palabra.



## CAPITULO XVIII

### El cura, la mujer y la Vendee (Agosto-Septiembre del 92).

La mujer fué el agente de la Vendee.—La mujer en general fué contra-revolucionaria.—La mujer impide al marido que compre los bienes nacionales.—¿Estaba el Oeste sometido al cura y al noble antes del 92?—Relación del cura y de la mujer, sobre todo en el Oeste.—El cura estaba menos influido por el ama que por su penitente.—Entusiasmo apasionado de las mujeres del Oeste por el cura.—Desesperación de las mujeres cuando la ley aleja al cura.—Los conventos focos de conspiración.—Los curas anuncian la guerra civil (9 de Febrero del 92).—De qué modo la fomentan.—Apariciones, milagros, etc.—Primeras matanzas (Junio del 92).—La nobleza se contenta con dar dinero.—Asociación noble de la Rouerie.—Una carta del rey es el motivo de la guerra civil en Bretaña (Julio del 92).—Formidable alzamiento de la Vendee y primer combate de Chatillon y Bressuire (24 y 25 de Agosto del 92).—Nantes y el Finisterre por la Revolución.—La Vendee poco contagiosa para Francia.—El aldeano compra en todas partes los bienes nacionales.—Lo que tranquilizaba su conciencia.—Nulidad de las actas feudales.

La Revolución es la luz misma. Los solemnes debates de la Convención comienzan ante la vista de Europa. Las puertas se abren de par en par. Amigos y enemigos, todos pueden llegar, ver y oír. La prueba de la Revolución, su primer Juicio de Dios, la batalla de Jemmapes, es ganada alegremente por el joven ejército de Francia, cantando la *Marselesa*, á la luz del sol, á medio día.

Y al mismo tiempo comienza en los bosques y entre las brumas del Oeste la vasta guerra de las tinieblas. En los arenales del Morbihan, á lo largo de las brumosas islas, en las sombrías malezas del Maine, en el húmedo laberinto de la floresta vendeana, aparecían con formas dudosas los primeros ensayos de la guerra civil. Una casa ha sido incendiada, un patriota asesinado, y allá otro más. ¿Por quién? Nadie se atreverá á decirlo. La guerra, que, dentro de un año, llevará un gran ejército bajo los muros de Nantes, se ensaya todavía tímidamente durante el crepúsculo ó por la noche.

¿Aquel silbido, aquella queja, son la voz del buho ó de la lechuza? Creeríais que es el pájaro de muerte... Sí, y del seto vecino parte un tiro.



Es una guerra de fantasmas, de espíritus impalpables. Todo es oscuro, incierto. Entre el público circulan los informes más contradictorios. Las informaciones no descubren nada. Después de algún suceso trágico, llegan los comisarios enviados, inesperados en la parroquia, y todo está tranquilo; el aldeano está trabajando, la mujer á la puerta, en medio de sus hijos, sentada, hilando, con su gran rosario al cuello. ¿El señor? está comiendo; invita á los comisarios, que se retiran encantados. Los asesinatos y los incendios comienzan de nuevo al siguiente día. ¿Dónde podremos coger al fugitivo de la guerra civil?

Observemos. No veo nada más que allá en el arenal una hermana que camina humildemente con la cabeza baja.

No veo nada. Solamente entreveo entre dos bosques una dama á caballo, que seguida de un criado, camina rápidamente saltando los fosos, deja el camino y toma la traviesa. Sin duda desea no ser vista.

Por el mismo camino va una honrada aldeana, con el cesto al brazo, llevando huevos ó frutos. Va de prisa y quiere llegar á la ciudad antes de que anochezca.

¿Pero la hermana, pero la dama, pero la aldeana, dónde van? Por tres caminos distintos llegan al mismo sitio. Las tres van á llamar á la puerta de un convento. ¿Por qué no? La dama tiene allí á su hija para que la eduquen; la aldeana vá á vender; la buena hermana pide asilo por una sola noche.

¿Queréis suponer que van allí á tomar órdenes del cura? No está hoy.—Sí, pero estuvo ayer. Era preciso que fuese el sábado á confesar á las religiosas. Confesor y director, no las dirige solo á ellas, si no por medio de ellas á otros muchos; confía á aquellos corazones apasionados, á aquellas lenguas infatigables, el secreto que quiere que se sepa, el falso rumor que se quiere divulgar, la señal que se desea hacer correr. Inmóvil en su retiro, por medio de aquellas monjas inmóviles agita toda la comarca.

Mujer y cura, ahí está todo, la Vendee, la guerra civil.

Nótese bien que sin la mujer, el cura no habría podido nada.

¡Ah bandido! decía una noche un comandante republicano, al llegar á una aldea donde solo habían quedado las mujeres, cuando aquella guerra horrible había hecho perecer á tantos hombres, *las mujeres son*, decía, *la causa de nuestras desgracias; sin las mujeres, estaría establecida la República, y nosotros estaríamos tranquilos en nuestras casas...* Andad, pereceréis todas, mañana os fusilaremos. Y pasado mañana los bandidos vendrán á matarnos á nosotros.» (*Memorias de madame de Sapinaud*).

No mató á las mujeres. Pero realmente había dicho la verdadera causa de la guerra civil. La sabía mejor que cualquier otro. Aquel oficial republicano era un cura que había colgado la sotana; sabía perfectamente que todas las obras de las tinieblas se realizaban por la íntima y profunda inteligencia entre la mujer y el cura.

La mujer es la casa; pero es también la iglesia y el confesonario. Aquel sombrío armario de encina, donde la mujer, de rodillas, entre lágrimas y rezos, recibe y envía más ardiente la chispa fanática, es el verdadero foco de la guerra civil.

¿Qué es además la mujer? El lecho, la influencia poderosa de las costumbres conyugales, la fuerza invencible de los suspiros y de los lloros sobre la almohada... El marido duerme fatigado. Pero ella no duerme. Se vuelve, se revuelve, consigue despertarle. Sin cesar suspira profundamente, á veces solloza. «¿Pero qué tienes esta noche?—¡Ay! ¡el pobre rey en el Temple!... ¡Ay! ¡le han abofeteado como á Nuestro Señor Jesucristo!»—Y si el hombre vuelve á dormirse un momento: «¡Dicen que van á vender la iglesia! ¡la iglesia y el presbiterio!... ¡Ah! ¡desgraciado el que lo compre!...»

De este modo, en cada familia, en cada casa, la contra-revolución tenía un predicador ardiente, celoso, infatigable, nada sospechoso, sincero, sencillamente apasionado, que lloraba, que sufría y no decía una palabra que no fuese ó pareciese un lamento de un corazón destrozado... Fuerza inmensa, verdaderamente invencible. A medida que la Revolución provocada por las resistencias, se veía obligada á dar un golpe, recibió otro, la reacción de los lloros, el suspiro, el sollozo, el grito de la mujer más agudo que los puñales.

Poco á poco comenzó á revelarse aquella inmensa desgracia, aquel cruel divorcio; generalmente la mujer se convertía en el obstáculo y la contradicción del progreso revolucionario que pedía el marido.

Este hecho, el más grave y el más terrible de la época, ha sido demasiado observado.

El hierro cortó la vida de muchos hombres. Pero un hierro invisible corta el nudo de la familia, dejando á un lado al hombre y al otro á la mujer.

Este fenómeno trágico y doloroso ocurrió el 92. Sea por amor al pasado, fuerza de las costumbre, debilidad de corazón y piedad muy natural á las víctimas de la Revolución, sea en fin por devoción y dependencia de los curas, la mujer generalmente (la gran mayoría de las mujeres) se convirtió en abogada de la contra-revolución.

Generalmente se producía la disputa moral entre el hombre y la mujer al tratar la cuestión material de la adquisición de los bienes nacionales.

¿Cuestión *material*? si y no. Desde luego era la cuestión de vida ó muerte para la Revolución. Si no cobraba el impuesto, no tenía más recursos que los producidos por la venta de los bienes nacionales. Si no realizaba esta venta quedaba desarmada, entregada á la invasión. La salvación de la revolución moral, la victoria de los principios, dependía de la revolución financiera.

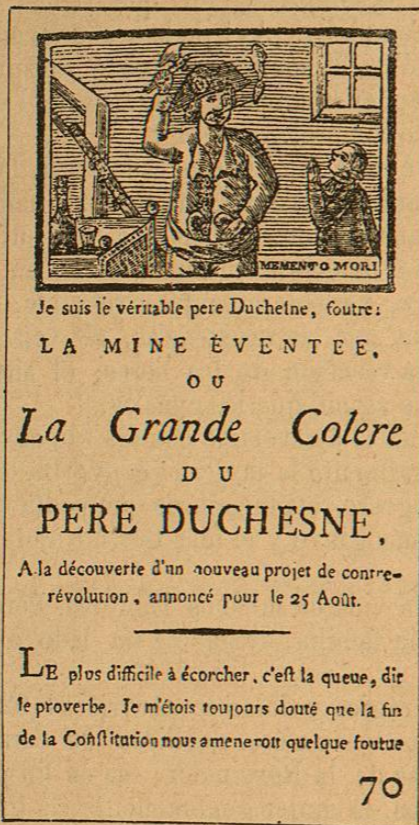
Comprar era un acto de civismo, que aprovechaba muy eficazmente á la salvación del país. Acto de fe y de esperanza.



Era decir que se embarcaban decididamente en el navío del Estado en peligro, y que con él se quería llegar al puerto ó zozobrar. El buen ciudadano compraba, el mal ciudadano impedía que se comprase.

Impedir por una parte el cobro del impuesto, por otra la venta de los bienes nacionales, quitar los viveres á la Revolución, hacerla morir

## LA PRENSA DE LA REVOLUCIÓN

Primera página del periódico *Le Pere Duchesne*

de hambre, he aquí el plan sencillo, muy bien concebido del partido eclesiástico.

El noble traía al extranjero, y el cura impedía que pudiéramos defendernos. Uno apuñaleaba á la Francia, mientras el otro la desarmaba.

¿Cómo se oponía el cura al movimiento de la Revolución? Llevándola á la familia, oponiendo la mujer al marido, cerrando gracias á aquella la bolsa de cada familia á las necesidades del Estado.

Cuarenta mil púlpitos, cien mil confesonarios trabajaban en este sentido. Máquina inmensa, de fuerza incalculable, que luchó sin difi-



«¡Vamos, hijos de la Francia!» (Pág. 284)

cultad contra la máquina revolucionaria de la prensa y de los clubs y obligó á estos, si querían vencer, á organizar el Terror.

Pero ya el 89, el 90, 91 y aún el 92, el Terror eclesiástico maltrataba en los sermones y en la confesión. La mujer volvía á su casa con la cabeza baja, llena de terror, aniquilada. Por todas partes veía infer-



no y llamas eternas. No se podía hacer nada sin condenarse. No podían obedecerse las leyes sin exponerse á la condenación. Pero el fondo del abismo, el horror de los tormentos sin remedio, la garra más aguda del diablo era para los compradores de los bienes nacionales... ¿Cómo se hubiera atrevido á continuar comiendo con él? su pan no era más que ceniza. ¿Cómo acostarse con el réprobo? ¿ser su mujer, su mitad, su misma carne, no era arder ya, entrar viva en la eterna condenación?

¿Quién podrá decir de cuantas maneras era perseguido el marido, asaltado, atormentado para que no comprase! Jamás un hábil general, un astuto capitán, dando vueltas á los muros de la ciudad en que quisiera entrar, empleó recursos más diversos; eran bienes malditos; ya se había visto por lo que le había ocurrido á cierto comprador. Juan, que compró había perdido las cosechas á causa del granizo; Jaime había sufrido una inundación, Pedro, aún peor, se había caído del tejado, y á Pablo se le había muerto su hijo. El señor cura lo ha dicho muy bien: «Así perecieron los primogénitos de Egipto.»

Generalmente el marido no contestaba, se volvía de espaldas, fingía dormir. No tenía que oponer á aquel torrente de palabras. La mujer le aturdiría por la viveza del sentimiento, por la elocuencia sencilla y patética, cuando menos por los llores. No respondía ó contestaba con una sola palabra que ahora mismo diremos. No se rendía, sin embargo.

No se convirtió fácilmente en enemigo de la Revolución, su bienhechora, su madre, la que tomaba su defensa, sentenciaba en su favor, le manumitía, le hacía hombre y le sacaba de la nada. Aunque no hubiese él ganado nada, ¿cómo no alegrarse de la liberación general? Podía desconocer el triunfo de la Justicia, cerrar los ojos ante el espectáculo sublime de aquella creación inmensa: ¡todo un mundo que nacía á nueva vida!—Se resistía. «No, decía, no, todo es justo, por más que digan; y aunque yo no fuera el hombre que se aprovecha de ello, también lo creería justo.»

He aquí lo que ocurría en casi toda la Francia. El marido resistió, el hombre permaneció fiel á la Revolución.

En la Vendee, en una gran parte de Anjou, del Maine y de la Bretaña, la mujer triunfó, la mujer y el cura, estrechamente unidos.

Nada lo hubiera hecho preveer. Los aldeanos del Oeste no habían sido tan insensibles como parece al sublime rayo de la Revolución. Se había visto, el 90, en la federación de Mans, aquellos mismos aldeanos que más tarde se convirtieron en *chuanes*, rendir culto á la libertad, y emocionados besar el altar del dios desconocido.

Prescindamos de las novelas que se han escrito sobre la vida patriarcal de las comarcas del Oeste antes de la Revolución. Los señores llenos de deudas, en la Vendee como en todas partes, no podían ser los patronos indulgentes que nos han pintado. Quisieran ó no, entregaban sus arrendadores á los hombres de negocios, á los que hipotecaban sus bienes. Así se vió el 89, cuando las gentes de Maulevier tomaron las

armas contra aquellos cuervos que iban á devorarlos. El odio del aldeano contra el procurador se remontaba á los señores, á los nobles en general. De los cuatro bueyes que uncía á la carreta, al más malo, á aquel al que golpeaba más, le llamaba *noble*, es decir haragán.

Sin embargo, hay que tener presente que el aldeano vendeano, generalmente dedicado á la cría de ganado, realizando sus ventas en dinero que no sabía como colocar, le confiaba frecuentemente al noble y se hallaba de este modo interesado en la fortuna de su señor. Fácilmente se comprende con cuanta desesperación vería emigrar á aquel señor, y que la Revolución atentaba por medio de las leyes contra aquella fortuna.

El aldeano, en todo el Oeste, estaba unido al cura, por una razón muy natural. Porque el cura era el mismo aldeano, su hijo, su hermano ó su primo. El bajo clero salía en masa de los campos. Aquel cura tenía influencia por lo mismo que constituía la pasión del aldeano; la tenía por la *tierra*, es decir por el poder que el cura y el hechicero tienen para bendecir ó maldecir, para hacer ó no mal de ojo á la tierra y á los animales.

El diezmo, sin embargo, era un impuesto tan pesado, tan odioso, especialmente por la fiscalización vejatoria que ejercía el cura en tiempo de la recolección, que antes del 89 eran comunes los procesos. La Revolución al suprimir el diezmo los reconcilió; suprimió precisamente lo que neutralizaba la influencia del clero, y dió al cura un poder moral del que carecía por completo antes del 89. El aldeano podía consultar á dos personas; al procurador y al cura; desde el momento en que éste no cobró ya el diezmo, fué el solo consultado. Sus consejos, apoyados, repetidos, inculcados día y noche por la mujer, se hicieron irresistibles.

¿Y por que fueron los consejos del cura tan violentamente hostiles contra la Revolución?

¿Hay que buscar la causa en la oposición (demasiado real) de los principios revolucionarios con las doctrinas del cristianismo? No, esta oposición que hemos hecho notar en otra parte (véase en el primer tomo nuestra Introducción, y el capítulo IX), no influyó sin embargo más que de una manera muy secundaria. Las doctrinas originales del cristianismo estaban muy relajadas. La cuestión profunda y vital que le hace ser ó no ser (la cuestión de la justicia y la gracia) no se debatía ya. ¡Cosa rara! el clero la juzgaba ridícula y se burlaba de los obstinados que querían dilucidarla todavía.

Que la Revolución, como doctrina fuese ó no fuese contraria á las doctrinas del cura, no se había mostrado lo más mínimo hostil hacia él. Se había preocupado por él más que sus mismos jefes. Al arruinar al alto clero, á los grandes señores eclesiásticos, había mejorado la suerte del clero inferior. Si le había quitado el diezmo, aquel impuesto varia-